

Toda una vida dedicada al magisterio y a tareas pedagógicas diversas, recompensada en 1983 con la obtención del premio Comendador de la orden de Alfonso X, el sabio, otorgado por el rey Juan Carlos I de España.

El fallecimiento de tan distinguido pedagogo acaeció en Valderrobres, España, el 9 de abril de 1988.

José Luis Ibáñez

Héctor Mendoza

Todavía como estudiante de la carrera de Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras, José Luis Ibáñez dirige el *Tartufo* con alumnos de la carrera. No fue, por supuesto, una puesta en escena ni madura ni visualmente brillante, pero sí contenía una propuesta llena de sensatez y conocimiento, si no profundo, sí muy acertado, del texto que estaba manejando.

A José Luis Ibáñez le costó muchísimo trabajo adquirir esa brillantez plástica, porque en realidad tal brillantez se opone a un sensato sentido de la proporción, la exactitud y la veracidad que ha acompañado siempre su trabajo, hasta el punto de constituirse en característica. Y es que parece ser que la brillantez, la brillantez entendida como fuegos de artificio en el espacio escénico, resulta sólo de una inventiva carente de reflexión y José Luis Ibáñez no podía ser un creador irreflexivo o irresponsable.

Sin embargo, Ibáñez se esforzó verdaderamente en la consecución de esa brillantez plástica que, a raíz de los primeros programas de *Poesía en voz alta*, parecía comenzar a ser requisito *sine qua non* entre los directores jóvenes de la época. Los últimos programas de *Poesía en voz alta* que él creó, *Asesinato en la catedral*, *Las criadas* y *La moza del cántaro* fueron, en efecto, puestas en escena llenas de una imaginación plástica, tendiente a lograr el tipo de *brillantez* requerido. No del todo logrado, sin embargo, ya que acabó apareciendo en su trabajo, por encima de todo otro intento, la conciencia de la significación textual a transmitir.

Para el público que seguía su trabajo, el logro de la brillantez plástica perseguida culminó en *La gatomaquia*, que llegó a ser su trabajo máspreciado. Yo nunca estuve muy seguro de tal cosa; es decir, no de que fuera un excelente trabajo, pues lo era, sino de que fuera excelente debido a la brillantez plástica que lo ilustraba. A mí me pareció que el logro de *La gatomaquia* radicaba, en cambio, en la *brillantez intelectual*.

José Luis Ibáñez dirige a Rita Macedo y a Ofelia Guilmáin en *Las Criadas*, de Jean Genet, 1959.



tual. La comprensión del texto por parte de Ibáñez y la personal proposición conceptual que lograba con su escenificación, me deslumbraron. Veía que el autor de esta puesta en escena era un creador mucho más maduro de lo que sus contemporáneos podíamos pretender a esa edad. José Luis Ibáñez parecía haber iniciado un proceso de maduración excesivamente temprano y eso daba miedo. Nos esforzamos por ver, pues, en *La gatomaquia*, sólo un espectáculo encantador en que, José Luis Ibáñez lograba de manera satisfactoria el tipo de *brillantez* que se esperaba tanto de él, como de todos los de su generación, y que él mismo se había propuesto lograr. Nos asustaba percatarnos de su madurez; no podíamos aceptarla viniendo de un joven tan joven como lo era José Luis Ibáñez en aquella época.

Y así fue que, cuando nos ofreció una comedia de Ruiz de Alarcón, en que la brillantez plástica tomaba sólo el lugar secundario que le correspondía en la puesta en escena, para dejar paso a una brillantez conceptual que iba en aumento, le volvimos la espalda. Sentimos que el descarado empeño de José Luis Ibáñez por seguir madurando, se iba tornando francamente ofensivo.

José Luis, como es natural, resintió profundamente nuestra actitud ante el espectáculo, ante su *posición* estética, y me parece que jamás nos lo perdonó. En adelante buscó refugio en un teatro si más comercial, menos ingrato.

Su maduro talento, su *sabiduría* teatral, la vierte desde entonces en sus alumnos. Porque José Luis Ibáñez es, sin duda alguna, la gente que más sabe de teatro en México.